

Evan Hunter  
**LOS JOVENES  
SALVAJES**



En «Los jóvenes salvajes», Evan Hunter saca a la luz un problema candente en los Estados Unidos: el de la juventud sin aspiraciones, vacía, que pulula por los suburbios de las grandes ciudades. Acorazados en sus negras chaquetas de cuero, esos jóvenes salvajes pasean desafiantes, su odio contra todo, dispuestos a matar a la menor contingencia. Muchos ven colmadas sus ansias de sangre. Pero, ¿y sus familias? ¿Y la sociedad? ¿Cómo reaccionan ante su existencia? Evan Hunter analiza los ambientes miserables y viciados de Harlem y nos ofrece una pintura que respira veracidad.

«Los jóvenes salvajes» fue llevada a la pantalla, con Burt Lancaster y Shelley Winters en los papeles estelares.



*A mis padres,  
Marie y Charles*

## CAPÍTULO PRIMERO

Las azaleas se estaban marchitando.

No podía suceder otra cosa. Debió haberlo previsto. Quien ha nacido y ha sido criado en Nueva York, puede excavar un hoyo en la tierra hasta una profundidad determinada, extender musgo en él, y colocar la planta con el máximo cuidado dentro del oscuro y fertilizante hueco; regarla y alimentarla con vitaminas; pero aun así morirá por la simple razón de haber sido plantada por un inexperto muchacho de ciudad.

Pero mirándolo bien, tal vez estuviera exagerando un poco por lo que a él respectaba. Quizá la enfermedad de aquella planta no tuviera otra causa que el intenso calor que venían padeciendo desde unos días atrás. En tal caso, las azaleas deberían adaptarse porque iban a padecer otra jornada asfixiante. Se incorporó luego de haber permanecido en cuclillas junto a los marchitos tallos que se alineaban en la terraza, y contempló con los párpados entornados el distante resplandor procedente del Hudson. Otro día el sol abrasador y de pegajosa humedad. Luego le vino a la mente su pequeña oficina, y echó una rápida ojeada al reloj. Disponía de unos minutos; del tiempo justo para fumar un cigarrillo antes de iniciar su trayecto hasta el «Metro».

Sacó una cajetilla del bolsillo de la chaqueta, rompió la celofana y la sacudió para que saliera el pitillo. Era un hombre de estatura aventajada y muy corpulento; tenía el cuerpo como acolchado por tendones que nunca se convertirían en grasa. Su pelo era negro y lo llevaba cortado casi al rape al estilo marinero, lo que contribuía a quitarle lo menos cinco años. A los treinta y ocho aún se las com-

ponía para aparecer ante un jurado con el aspecto de quien está dispuesto a hacerse cargo de un proceso, tan sólo porque redundaba en interés del público. Y al igual que un abogado joven, sabía volverse repentinamente contra un testigo, presa de espontánea furia, reduciendo a añicos su declaración al descargar sobre ella esa resplandeciente espada de la verdad que sólo los jóvenes saben esgrimir con eficacia. Aquella mañana, igual que todas las demás, sus ojos azules aparecían como descoloridos luego de una noche de profundo sueño. Pero conforme transcurriera el tiempo recuperarían su auténtico color, mostrando, al igual que un cuadrante, las oscilaciones de energía que se efectuaban en su interior.

Arrastró una de las sillas de enea y la puso de manera que diese cara al río y a aquel cielo azul purísimo y sin nubes. Luego empezó a fumar tranquilamente. Se volvió al oír que alguien cerraba la puerta tras de él.

—¿No debías haber salido ya? —preguntó Karin.

—Todavía dispongo de algunos minutos —le contestó.

Ella avanzó hacia la terraza con caminar perezoso y se inclinó sobre los geranios, arrancándoles unas cuantas hojas muertas; luego acercóse al cuenco de piedra que servía de cenicero y las arrojó a él. A continuación permaneció inmóvil junto a su marido. Él la miró, preguntándose si todos los hombres seguirían prendados de la belleza de su mujer, después de catorce años de matrimonio. Karin tenía sólo diecinueve cuando le conoció. El hambre reinante en la Alemania derrotada había desprovisto a su cuerpo de toda carne superflua. Ahora seguía siendo una mujer delgada, pero rebosante de salud. Aunque tuviera treinta y cinco años, su seno estaba firme como el de una jovencita y en su abdomen tan sólo aparecían unas leves estrías fruto de su alumbramiento, años atrás. Tomó un taburete y apretó la mano libre de su esposo, aproximándola a su mejilla y acariciándola con su largo pelo rubio. Vestía una blusa blanca, de manga corta, y pantalones largos.

«¡Qué aspecto tan americano ofrece!», pensó él, aunque dándose cuenta en seguida de lo ridículo de aquella idea. Incluso su inglés, que cuando la conoció en Berlín tenía un acento totalmente alemán, había perdido dicho tono gutural teutónico, volviéndose pulido y preciso como esos guijarros que el agua redondea.

—¿Se ha levantado Jennie? —le preguntó.

—Estamos en verano —contestó Karin con lógica—. Déjala dormir.

—No veo nunca a la niña —se quejó él—. A nuestra hija.

—Es posible —admitió él—. Pero tengo la sensación de que una noche volveré a casa y me encontraré a Jennie sentada a la mesa con un joven al que me presentará como su esposo.

—¡Pero, Hank! ¡Si sólo tiene trece años! —exclamó Karin levantándose y caminando hacia el borde de la terraza—. Fíjate en el río. Me parece que hoy vamos a padecer mucho calor.

Él hizo una señal de asentimiento.

—De todas las mujeres que conozco eres la única que no parece un conductor de camión, cuando se pone pantalones.

—¿Y a cuántas otras mujeres conoces?

—A millares —contestó sonriente—. Y muy íntimamente.

—Cuéntame algo de ellas.

—Espera a que se publiquen mis Memorias.

—Ahora pasa el barco de las excursiones —señaló Karin—. Me gustaría ir un día en él. ¿Por qué no lo hacemos, Hank?

—¿Qué dices?

—Te hablaba del barco... —Se detuvo y lo miró fijamente—. Creo que nos divertiríamos.

—¡Oh! ¡Oh, sí!

Por un instante, una nube había cruzado el cielo; una nube ligera, casi efímera, pero que bastó para preocuparle con la desagradable idea de no haber sido el primer

amor de Karin Brucker. «De todos modos, estábamos en guerra –se dijo–. ¡Qué diablo! Ahora es mi mujer; la esposa de Henry Bell, y debería estar agradecido porque una belleza tan extraordinaria me eligiera a mí entre tanta competencia. Aunque ¿por qué diablo debió existir tal competencia? Claro que estábamos en guerra... Pero de todos modos Mary hubiera obrado de manera distinta».

Mary.

El nombre surgió de improviso cual si hubiera esperado aquel momento para saltar desde algún oscuro rincón. Mary O'Brien. Ahora ya no se llamaba así, porque estaba casada. ¿Con quién? ¿Cómo se llamaba su marido? Si lo supo alguna vez, lo había olvidado. Además, para él siempre sería Mary O'Brien; una muchacha inocente y pura. No era posible establecer comparaciones. Karin había vivido en Alemania; Karin era...

–¿Me amas? –le preguntó de improviso.

Volvióse hacia él estupefacta. Todavía no se había maquillado. Se observaban pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos castaños y su boca sin pintar se entreabrió con aire de sorpresa. Luego, suavemente le contestó:

–Te quiero, Hank.

Había una nota de asombro y de reproche en su voz. En seguida Karin se retiró al interior de la vivienda, presa al parecer, de cierta turbación. La oyó manipular ruidosamente unos cacharros en la cocina.

«Mary –pensó–. ¡Dios mío! Cuánto tiempo hace ya».

Suspiró contemplando el Hudson cuya superficie reflejaba perezosamente el sol mañanero. Se levantó y entró en la cocina para tomar su cartera. Karin recogía los platos del desayuno.

Sin mirarle, preguntó:

–¿Qué dices de la excursión, Hank?

–¿Cómo?

–Creo que nos divertiríamos; aunque preferiría que no fuese sábado o domingo. –Levantó la mirada hasta encon-

trar la suya—. Para que resulte agradable de veras, tendrías que tomarte un día de asueto a mitad de la semana.

—Desde luego —admitió él. Sonrió y besándola brevemente repitió—: Desde luego.

Bajó del «Metro» en la estación de Chambers Street, saliendo a la cegadora y sofocante luz de la ciudad. Existía otra estación más cerca de Leonard Street y de la oficina del fiscal del distrito, pero prefería caminar aquel trayecto cada mañana. Lloviera o hiciera sol, bajaba en Chambers y continuaba a pie hacia el Ayuntamiento, observando los cambios de clima. Venía a ser como si los dominios del alcalde constituyeran una especie de estación fronteriza extraoficial entre el mundo de los grandes negocios que se extendía a partir de Wall Street y aquel otro mundo de la ley que tenía su núcleo en Centre Street.

Se atravesaba el parque donde los palomos paseaban pomposos como viejos sumidos en sus meditaciones; la claridad solar bañaba los bancos pintados de verde. De pronto, las torres del edificio aparecían ante él coronando la impresionante y gris estructura que albergaba la ley. Los formidables edificios aparecían como agachados, el uno junto al otro, despidiendo cierto aroma a la Roma de siglos pasados; sus columnas, fortísimas en su simplicidad, y todos los detalles de su arquitectura simbolizaban el poderío de la justicia. Dentro de ellos se sentía como en su hogar. Fuera cuales fuesen las estupideces que se cometieran en Bikini, o cualquier otro lugar, por más gobiernos que cambiaran, o por más cabezas que cayeran, allí había orden; allí moraba la auténtica base del entendimiento humano y de la vida en común; allí se albergaba la ley y allí se hacía justicia.

Una vez pasado el edificio del Tribunal del Condado, en camino hacia su propio despacho, levantó la mirada hacia el enorme triángulo de la fachada, más arriba de las

columnas que lo sostenían, y volvió a leer las palabras cinceladas en él: «La verdadera justicia es el pilar más firme de un Gobierno eficaz».

Se dijo simplemente «Sí», y apresuró el paso.

El edificio de lo criminal se hallaba en el número 100 de Centre Street. La oficina del fiscal del distrito se encontraba unida como un hermano siamés a otro edificio enclavado en el número 155 de Leonard Street, es decir, a la vuelta de la esquina. Entró y dijo «Buenos días» a Jerry, el guardián uniformado que ocupaba una mesa escritorio en el vestíbulo.

–Buenos días, Mr. Bell –contestó Jeny–. Hermosa mañana, ¿verdad?

–Sí, muy hermosa –admitió Hank con voz incolora, preguntándose por qué la gente insistiría en relacionar el calor veraniego con la belleza.

–Si no llueve –añadió Jerry pensativo, conforme Hank se acercaba a los ascensores.

Por razones desconocidas para Hank, dichos ascensores eran manipulados por mujeres, todas ellas bastante jóvenes. Fanny tenía el pelo casi blanco y era muy vivaracha; dirigíase siempre al fiscal del distrito, a sus ayudantes e incluso a los jueces, por sus nombres de pila, mientras, por el contrario, mantenía unas relaciones extraordinariamente frías con el guardián del edificio, al que llamaba «señor». Detuvo el ascensor, abrió las puertas, dijo «Buenos días, Hank», y echó una ojeada al pasillo.

–Buenos días, Fanny –contestó él.

–¡Qué jornada tan hermosa para un crimen! –comentó Fanny, manejando su cuadro de control, cerrando las puertas y poniendo el ascensor en movimiento.

Hank sonrió sin contestar. La cabina ascendía en completo silencio.

–Número seis –dijo Fanny, como si estuviera citando su cifra en el juego del «Bingo». Y abrió las puertas para que Hank saliera.

Un ayudante estaba sentado a su escritorio junto a las ventanas que daban a Centre Street y al pedazo de parque que se extendía delante. La mesita aparecía como perdida entre los detalles arquitectónicos de aquel pasillo muy alto de techo, que como una especie de oscuro túnel llevaba a la sección de homicidios situada a su extremo. En él no había ventanas y sólo se apreciaban dos manchas de claridad junto a los otros ascensores que dividían su longitud en tercios iguales. Más allá del vestíbulo, el mármol daba paso a paredes de pintura neutra, a placas de cristal severamente iluminadas, indicando lavabos públicos, y a pequeños sectores de luz artificial, espaciados como centinelas a lo largo del oscuro corredor. Hank atravesó el vestíbulo rápidamente. Aquel corredor tenía un aire deprimente. No le gustaba considerar la ley como una cosa fría y odiosa. Por el contrario, la creía algo humano, inventado por seres humanos con destino a sus semejantes. Pero aquel corredor parecía a veces como una especie de implacable pasadizo hacia el infierno.

Dave Lipschitz, detective de primera clase destinado a la oficina del fiscal, se hallaba sentado casi junto a la puerta del despacho.

—Hank —dijo por todo saludo.

Y el aludido contestó:

—Dave.

Luego torció a la derecha en dirección a la primera puerta situada más allá del escritorio, pasando ante otra en la que se leía: «Prohibida la entrada». Luego dirigióse a su despacho, el tercero del vestíbulo, copia exacta de todos los demás que se encontraban en el mismo piso. Una minúscula sala de espera figuraba en primer término. Cuatro sillas de madera de alto y rígido respaldo se encontraban colocadas de frente unas a otras, cual si tomaran parte en una fantasmal partida de bridge. Atravesó dicha salita y entró en el despacho: un rectángulo de cuatro por cinco metros, con ventanas al extremo. Su escritorio esta-

ba entre dichas ventanas y tras el mismo había un sillón forrado de cuero. En un ángulo figuraba una percha; en el otro un fichero de metal. Frente al escritorio, otras dos sillas de madera.

Hank se quitó el sombrero y lo colgó. Luego abrió ambas ventanas, a fin de permitir la entrada a la tenue brisa procedente de la calle bañada por el sol. Las ventanas de la Sección de Homicidios tenían una tela metálica colocada entre los dos cristales; y éstos quedaban sujetos de tal forma al marco, que sólo podían abrirse unos centímetros. Era imposible romperlos, atravesarlos o deslizarse por la estrecha abertura que presentaban al ser abiertos. Quizá tan extremada precaución no fuera del todo necesaria. En los ocho años que Hank llevaba trabajando en aquella oficina jamás conoció a nadie que intentara escapar por allí. Pero las personas a quienes debía tratar dicha sección eran con frecuencia seres desesperados para quienes el suicidio en muchos casos, hubiera parecido preferible a la muerte en la silla eléctrica.

El abrir las ventanas contribuyó muy poco a disminuir la temperatura del pequeño cubículo. Hank se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de su sillón. Siguiendo una rutina veraniega que sólo quebrantaba cuando esperaba la visita de algún visitante matinal, se aflojó la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa y se dobló las mangas. Luego sentóse y acercó un poco más el teléfono, dispuesto a pedir una mecanógrafa al departamento adecuado. Pero su mano vaciló y en vez de ello, de modo impulsivo, pidió le pusieran con Recepción.

—Dígame.

—¿Es Dave?

—Sí. ¿Quién llama?

—Hank. ¿Podría pedirme una taza de café?

—¿Tan temprano? ¿Qué sucede? ¿Es que no ha pasado buena noche?

—Hace demasiado calor. Y quiero trabajar a gusto.

–Mañana tiene usted el caso Tully, ¿verdad?

–Sí –dijo Hank.

–¿No estará preocupado?

–Ni por asomo.

–Tengo entendido que los abogados del detenido van a admitir la culpabilidad de éste.

–¿Quién se lo ha dicho?

–¡Ja, ja! ¿Para qué soy detective? ¿Estoy o no en lo cierto?

–Sí –reconoció Hank.

–Voy a pedirle el café. Con leche y un terrón de azúcar. Quizá yo también me tome uno.

–Dave, ¿me lo enviará en cuanto llegue? No es preciso que llame.

–De acuerdo –contestó Dave, colgando.

Hank dejó el auricular y suspiró profundamente. Aunque pensara llamar a una mecanógrafa, en realidad no existía trabajo urgente para ella; una vez hubiera pasado a máquina sus notas, todo entraría dentro de la monótona rutina, mientras preparaba su vista para el día siguiente. No habría nada espectacular en aquel proceso. Según el eficaz sistema de espionaje establecido por Dave, los abogados de la defensa iban a admitir que el acusado era culpable del crimen. Aquel proceso terminaría incluso antes de empezar. A menos que alguien colocara una bomba en el Palacio de Justicia, el día siguiente sería tan monótono como el actual, y probablemente tan caluroso también. Luego de terminado el juicio de Tully le asignarían otro caso que empezaría a preparar y conduciría hasta sus momentos finales, hasta ganarlo o perderlo para el pueblo; seguiría el siguiente, y luego el otro, y el otro...

«¿Qué diablos me sucede esta mañana? –se preguntó –. Me comporto como un obrero cansado de apretar los mismos tornillos en un taller de montaje en cadena. Sin embargo me siento tan feliz con mi trabajo como cualquier otra persona. Soy un abogado competente que no

anhela aparecer en los periódicos ni solicita que lo alaben. No tengo ambiciones políticas y si trabajo actuando como fiscal del distrito, no es porque tenga un carácter carente de estímulos, sino porque me encanta la idea de representar al pueblo de esta región. ¿Qué me ocurre, pues, esta mañana?».

Dio media vuelta al sillón para quedar frente a las ventanas y al resplandeciente cielo azul que se mostraba más allá.

«Lo único que anda mal hoy es ese cielo –pensó–. Un cielo de bochorno. Un cielo que obliga a pensar en barcos de vela y en playas».

Sonriendo, volvió a su posición inicial ante la mesa y tomó el teléfono. Sin vacilar, marcó el número de la sección adecuada y pidió una mecanógrafa. Empezó a leer otra vez sus notas, haciendo pequeños cambios en las primeras páginas. Pero conforme avanzaba en la lectura, dichos cambios adoptaron la forma de revisiones importantes. Miró su reloj. Eran las diez y la mecanógrafa no había llegado aún. Volvió a llamar y pidió una taquígrafa. De pronto le pareció como si tuviera que hacer un centenar de cosas antes de la vista a celebrar el día siguiente y preguntó-se si podría terminarlas antes de las cinco.

Aquella tarde no salió del edificio hasta las seis.

Por entonces el cielo había empezado a cobrar una tonalidad gris, cargada de amenazas.

## CAPÍTULO II

Parecía como si estuviera a punto de llover.

El calor de julio que anonadara a la ciudad durante toda la jornada, incrementaba hora tras hora su intensidad de horno. A las siete y media, unas nubes oscuras y sinietras aparecieron sobre el horizonte, como una falsa capa de oscuridad; como una imitación de noches sin estrellas. El magnífico contorno de Nueva York se extendía bajo aquellas tinieblas ficticias, presentando una silueta cortante como el filo de un cuchillo. Se habían encendido las luces, y los rectángulos de las ventanas perforaban las siluetas de los edificios, como amarillos huecos. Se escuchaba el distante resonar del trueno, al otro lado del río, en Nueva Jersey. Débiles relámpagos cruzaban el cielo como errantes proyectiles, en busca de un blanco no existente.

La lluvia empezó a caer barriendo el Hudson, para descargar después sobre los edificios de Riverside Drive, con sus porteros y sus ascensoristas; con sus obscenidades escritas en los vestíbulos de lo que en otro tiempo fueron moradas de aristócratas. La lluvia continuó hacia el Este, abatiéndose implacable sobre el Harlem negro y el Harlem portorriqueño, en su carrera hacia la orilla opuesta de la isla y el East River, lavando, al pasar, las calles del Harlem italiano.

En este último barrio la gente permanecía sentada en los escalones de las casas, hablando de los «Yankees» y de los «Giants» y los «Dodgers» que no parecían muy animados en la Liga de béisbol. Las mujeres vestían batas floreadas y los hombres llevaban camisas deportivas de manga corta. Los camiones de la limpieza habían pasado a primera hora de la tarde, regando las calles. Pero el sol había se-